

Veinte años del Museo Iconográfico del Quijote

Eulalio Ferrer Rodríguez

Ya comprenderéis que *El Quijote*, como lectura única en un campo de concentración, repetida una y otra vez, sea analizando la primera parte, sea recreándose en la segunda, se volvió una lectura apasionante, obsesionante. La imagen del loco literario, flotando sobre locos reales, también de despojos humanos. Quería ver en los personajes de *El Quijote* sus equivalentes en las playas alambradas. Así, me parecía contemplar la figura del Noble Hidalgo de la Mancha en aquel hombre alto, de barba crecida y descuidada, de ropa lustrada, que en las noches propicias se dedicaba a recoger colillas de cigarros, prendiéndolas, a modo de lanza, con la aguja de un viejo bastón de caña. Así, me fijaba en el andaluz ventrudo y sentencioso, que recogía las sobras, cuando las había, de nuestra miserable comida. Y por inducción de una de mis hermanas, confinadas en *Belle Île en Mer*, de la Bretaña francesa, convertí en mi Dulcinea epistolar a una joven que me tejía un *jersey* de lana para combatir el frío de los Pirineos orientales. Y no sólo eso. Descubrí que la lectura reiterativa de *El Quijote* tenía más de una lectura; siempre encontraba algo nuevo en cada una de ellas, como si fueran cultivos naturales de una siembra cuidadosa, o quizá trampas sutiles del autor para poner a prueba a sus lectores de las más diversas formas. O sea, dejaba a la curiosidad o al encantamiento del lector, real o supuestamente real, los hallazgos de su obra, cuajada de dichos populares —el lenguaje que hablaba el pueblo— y una cascada de nombres o títulos originales, incluyendo el origen del suyo propio. Terminé por concluir que el texto de *El Quijote* era un paradigma para entender los secretos y las expresiones de la vida humana.



Posadas, Calavera de Don Quijote

¿Hasta dónde esa multiplicidad de lecturas de un mismo texto podía influir en el desánimo de la derrota o en el ánimo de la esperanza? Sin duda, fue una iluminación de fantasías, una terapia para los desfallecimientos del alma y del cuerpo. Había que olvidar o transformar en ilusión a las miserias que nos agobiaban; la comida de lentejas con pedruscos y grasa maloliente; los piojos como huéspedes incómodos del cuerpo; las defecaciones a las orillas del mar, envueltas por el flujo y el reflujo de las olas; las camillas que transportaban a los que morían por disentería o por naufragio voluntario. Todas estas adversidades y desgracias nos enfrentaban a la opción de perecer o vivir. Vivir significaba para el joven lector embarcarse en el navío de la fantasía, en busca del puerto libre de la imaginación. Vivir, imaginando. Imaginar que habíamos luchado por una noble causa, en su tragedia infinita; imaginar que los ideales

de la solidaridad fraterna pueden superar las flaquezas de la voluntad. Nuestra supervivencia, la imaginación sin dejar de ser activa, enfrentada a las situaciones más insólitas, nos otorgó, además, la fortuna de ser acogidos por un país, México, de cortesías extremas, de vibrante y cálida hospitalidad. Tardaría en estas condiciones de responder a una pregunta de conciencia solidaria, desde que pisé suelo mexicano, bajo el fuego del sol tropical y la música de la marimba istmeña, como surgida de un bosque con sus maderas curadas y sensibles. ¿Cómo agradecer a México su generoso recibimiento? Don Quijote estaba en el nido de esa conciencia. Don Quijote, noble emperador de la imaginación; símbolo máximo de una cultura común. Transcurrieron cerca de cincuenta años, de acopios de recursos, para que esa respuesta se materializara. Falta elegir el lugar de la ofrenda. Sería Guanajuato, ciudad que se había instalado en mi corazón desde la primera vez que la conocí, sembrada de devoción cervantina. El amor, madre y padre de la vida, me acompañaría en esa entrega, simbolizada su imagen por quienes vieron en el Quijote, como Dostoievski, un Jesucristo, un Cristo con la palabra de Unamuno y un Cristo gótico en la definición de Ortega y Gasset. Así, queridos amigos, nació en el Guanajuato de noviembre de 1987 el Museo Iconográfico del Quijote; fueron testigos de honor, el presidente de la República Mexicana, Miguel de la Madrid y el jefe del gobierno español, Felipe González. Un Museo que, después de haber nacido ha seguido haciéndose hasta llegar a ser único en el universo mundial de los cuarenta mil museos. [J]